

HERIR AL VIENTO

GEORGE ZEBROWSKI

«No te separes de tus ilusiones.
Cuando ellas se van, tú puedes aún existir,
pero has dejado de vivir.»

- *Mark Twain*

La seca llanura era una marca de culpabilidad sobre el planeta, y nadie iba allí muy seguido. Pequeñas parcelas boscosas la rompían superficialmente aquí y allí, creando lugares más frescos de sombra y agua. Las bestias iban allí para evitar el deslumbrante sol.

Nos acostamos sobre nuestros estómagos, mirando sobre la cima de un levantamiento arenoso, poco profundo.

—Desde aquí —le dije a O'Connor, mi recluta asistente—, estaremos seguros para observar el grupo principal.

—¿Por qué seguros? —preguntó, asomando a través del débil y brillante calor, la cara ensombrecida por el ancho borde de su sombrero.

—Porque ellos han estado en su parcela boscosa desde hace mucho tiempo, viviendo una vida por completo salvaje. Ellos tienen que mudarse.

—Muy bien —dijo, entonces se quedó quieto por un momento, renuente a expresar lo que deseaba decirme, como si el calor estuviese intentando reprimir un inoportuno pensamiento que deseaba exteriorizar. Sentí su rivalidad hacia mí, pero él parecía sólo distantemente conocedor de sus sentimientos—. ¿Por qué importunar? —dijo finalmente—. Ellos no desean nuestra ayuda. Nunca la han deseado.

Esparcidos por todo el mundo, estaban esas aisladas burbujas de gente que todavía no deseaba vivir más allá de como lo habían hecho los antiguos humanos, como nosotros lo hicimos, ganando nuestras vidas a medida que intentábamos amoldarnos a un futuro indefinido. Fue duro para la mayoría a la que yo ahora pertenezco ver por qué estos retrógrados se ocultaban de nosotros, por qué ellos no nos daban la bienvenida con los brazos abiertos.

—Ellos no nos quieren —dijo O'Connor nuevamente, esta vez con un tono de reproche en su voz.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí? —pregunté, pensando en el extraño misionero en que me había convertido, trayendo el evangelio del regreso a la vida perpetua a los moradores de la naturaleza.

—No..., ¿por qué está *usted* aquí? —masculló, ocultándose bajo su sombrero—. Ha estado en esto más tiempo que yo.

Yo sabía por qué. Siempre había sabido por qué.

—Esto puede serle difícil de entender —dije—, pero su existencia aún nos dice quienes somos nosotros. Nos hace pensar acerca de quienes son ellos, y por qué están aquí, y por qué los hemos dejado atrás.

Me miró de reojo bajo el ala de su sombrero.

—¿Y ésa es su razón?

—Una de ellas. Hay una fuerza en esa gente que no debemos perder.

—Hermosa abstracción. Pensé que de algún modo..., a usted le preocupaba, emocionalmente, quiero decir.

—Lo hago.

—No veo la preocupación en su rostro —dijo.

—Ellos son como nosotros, como la mayor parte de nosotros no lo es desde hace un tiempo. Todavía más como nosotros que no.

Observé a través de la llanura el bosque que se ubicaba a medio camino hacia el horizonte como si hubiese sido conducido para agruparse allí por el árido vacío de la planicie. Detrás de su muestra de desapego, O'Connor probablemente se preocupaba demasiado, o muy poco. No podía decir cuál. Como la mayor parte de nosotros, él tenía demasiada vida por delante para ser perturbado por cualquier cosa similar.

Y entonces los vimos, el más grande grupo de antigua humanidad que alguna vez hubiese yo localizado, saliendo de los árboles y cruzando la resplandeciente tarde de un domingo como una solitaria bestia de cien cabezas. Su sector más débil estaba en el medio del cuerpo, donde ellos podían ser ayudados de cerca por los más fuertes.

—No es como si ellos no supieran sobre nosotros —dijo O'Connor—. Ellos saben y no nos desean.

—Ellos no conocen realmente algo mejor —dije, recordando—. Realmente ellos no nos ven.

—¿Lo cree así? —preguntó, soltando una carcajada—. Si ellos lo hicieron, no desean vivir fuera de aquí, ¿o sí?

Yo estaba pensando que buscar hasta dar con esta gente era inútil, que nos habíamos achicharrado y empolvado completamente por nada, en la estación en que todo se volvía caliente y seco y el sol martillaba la tierra y la única forma en que estabas seguro era manteniendo tu sombrero sobre tu cabeza.

—No se inquiete —dijo—. Haré mi trabajo, aunque sólo para ver cómo va.

—Está en nosotros cómo vaya —dije cuando miraba el pesado movimiento de la bestia de cien cabezas—, si ellos viven o mueren, si los dejamos vivir o morir fuera. Estará en nosotros. Recuerde eso.

—De manera que todo esto se trata del resto de nosotros —dijo con desagrado—. No de ellos en absoluto.

—Puesto que nosotros podemos escoger y ellos no, sí, se trata de nosotros.

—¿Pero todos ellos perecerán si los dejamos solos? ¿Es eso a tal punto definitivo?

Yo dije:

—Los números decrecientes así lo muestran..., está en nosotros prevenirlo. Si no lo hacemos, entonces permitiremos que suceda. Y hay apenas los suficientes de nosotros deseosos de prevenirlo.

La bestia con doscientas piernas estaba descubierta al aire libre ahora. Se parecía a una nave de alguna clase, piernas como remos remando a través de un mar de polvo, disimulando las cabezas de larga cabellera de los pasajeros. Algunos estaban vestidos con camisas y pantalones limpios, pies con sandalias o desnudos. La mayoría portaba cuchillos de un tipo u otro, algunos una estaca o lanza. El viento venía hacia nosotros, golpeándonos con el olor a sudor y calientes pieles de animal.

—¿Pero podemos ayudarlos? —preguntó—. Parece que cualquier cosa que hagamos no será buena, o dañina. No creo que mucha gente se sintiese rodeada por un sentimiento de culpabilidad cuando... éstos se hayan ido. —Le apesadumbró decirlo. De cualquier modo él podría continuar en cualquiera de los dos caminos, y quizá aceptarme con él.

Dije:

—Todavía tenemos una voz, algunos de nosotros. Tú y yo estamos aquí, ahora mismo. —Pero yo estaba un poco confundido por lo que seguía dentro de mí.

Él estuvo silencioso por un momento, entonces dijo:

—¿Qué hay sobre este grupo?

—Vamos a ponernos al corriente con este grupo... —dije—, y hablarles, para iniciadores.

Él sonrió bajo la sombra de su ancha ala de sombrero, y su cara mostró sólo esa sonrisa.

—¿Y si tenemos que defendernos?

—Quizá no con éstos —dije.

—Entonces usted sabe más que yo.

—Si podemos hablar a..., este líder..., en una cierta manera, entonces quizá podamos... hacer que vaya más fácil para ellos.

—¿Él ha sido tanteado?

—Sí —dije—. Les tomará un breve lapso extenderse hasta esa parcela boscosa de allá. Esperaremos allí por ellos.

Nos levantamos desde nuestro ventajoso sitio de observación, revoloteamos a nuestra manera, ascendimos en silencio y bajamos sobre el lado lejano del bosque. Nuestros vehículos eran silenciosos y rápidos, pero no estábamos tratando de esconder nuestra presencia. Los estacionamos al borde de los árboles, tomamos nuestras mochilas, ingresamos en la parcela. A medio camino, encontramos un pequeño claro, hicimos un campamento, y esperamos a que el grupo llegara.

O'Connor dijo poco durante el resto de la tarde, pero sentí que él estaba trabajando en sí mismo para provocarme en alguna forma que aliviaría su mente, o ayudarlo en alguna forma que yo entendería sólo si le dejaba provocarme. Su propia presencia me consumía, me probaba, me incomodaba. Él estaba irritándome con su repetición de mis antiguos movimientos mentales, cuando rondaba los trayectos que yo había gastado hace algún tiempo. Los hizo en carne viva de nuevo para mí. Pero supe que él tenía que vivir consigo mismo, de una manera u otra. Él estaba bien consciente de lo que podría ir mal, de lo que había ido mal al contactar con seres humanos inalterados.

En el crepúsculo encendimos un fuego con la madera que habíamos recogido. Aún estaba ardiendo afuera por el anochecer. El silencio entre nosotros continuaba alterándose, pero me dio tiempo para escarbar y pensar en algunas cosas.

—De nuevo —dijo O'Connor—, ¿por qué no sólo les dejamos solos?

—Porque en alto grado la variedad humana ha muerto en este siglo. Somos responsables por estos grupos, por lo que les pasará a ellos si no los sacamos de afuera y los protegemos.

—Pero si ellos rehusan —comenzó decir, como si no conociese la instrucción.

—Incluso dejándoles pensar que en cierto modo es nuestra imperfección —dije—, porque podemos cambiar su vida. Ellos no pueden hacerlo por sí mismos. En el mejor de los casos alcanzan un equilibrio estático con el desierto. Es una prisión para ellos, sin embargo muchos se sienten parte de él.

Estaba todo en la piel, recordé por mí mismo, el sol y el viento sobre tu piel hacen que te sientas en casa. No era una prisión cuando era tu piel. Era un abrazo de madre..., cuando no mueres de hambre.

Él suspiró.

—Quizá no haya buenas soluciones para estos remanentes, o ningún tipo de respuestas.

—Quizás a tal grado —dije—, pero cómo nosotros los tratamos nos dice qué somos nosotros. Tenemos que intentarlo.

—De manera que usted no piensa que ésta sea una causa perdida, ¿o sí? —preguntó—. Usted cree que allí hay una respuesta, incluso si sólo sea para hacernos sentir mejor por intentarlo.

Dije:

—Ésta nunca es una causa perdida. Nunca debemos permitir que esto se vuelva una causa perdida. —A pesar de todo sabía que ahí habían problemas que podían no tener solución. No ahora, o alguna vez. Incluso con un remedio en la mano, uno puede sentir algo erróneo al respecto, por ninguna buena razón.

Suspiró.

—Bien, allí hay bastante desierto para dejarlos solos en él. Hemos visto eso.

Esperamos hasta que vimos la tribu avanzar a rastras a través de los árboles hacia nosotros. Silenciosamente, ellos se sentaron en un amplio círculo alrededor de nuestro fuego, fluyendo desde atrás de los árboles, y nos observaron. Un leve cambio en la brisa nos trajo sus olores. Comencé a distinguir rostros en la luz del fuego, hasta que un anciano comenzó a individualizarse. Dos hombres más jóvenes se sentaron a su izquierda y derecha, otros dos detrás de él, y dos delante. Las pocas mujeres estaban todas sentadas a su espalda, valiosos custodios del futuro de la tribu.

Miré su barbado rostro, y le vi observándome fijamente, como si él se hubiese dormido con los ojos abiertos.

—¿Qué están haciendo ellos? —susurró O'Connor.

—Es orgullo —dije—. Desean ver cuánto tiempo toleraremos su presencia, su silencio, antes que comencemos a hablar.

—¿Orgullo? —preguntó.

Nos sentamos allí por algo más de una hora. Finalmente, el anciano dijo:

—Ustedes han estado tras nuestros pasos por algún tiempo. ¿Por qué? —Él habló perfectamente, como si sólo se hubiese adelantado a una conferencia en una Universidad, para preguntar a sus estudiantes qué estaban haciendo aquí, siguiendo las huellas del en verdad sabio.

—Tranquilo —le susurré a O'Connor.

El anciano sonrió.

—Mi oído es agudo, hijo. Si tienen algo que decirnos, por favor háganlo así. ¿Han traído algunas malas noticias?

—No, no hay malas noticias —comencé decir.

El mundo estaba lleno con menos y mejores seres humanos, capaces de vivir con la violencia del planeta.

—¿Qué desean ustedes de nosotros? —preguntó el anciano, haciendo que esto sonara como un acto criminal, y sentí el peso de la desazón ante problemas insolubles. Era acerca de cómo viviríamos el uno con el otro después que el último de estos miserables sucumbiera afuera. Sabía la respuesta, por supuesto. Lamentaríamos que ocurriera, hasta que hubiésemos vivido lo suficiente para olvidar que habíamos imaginado una vez una solución. Y ése sería el fin de la escucha hacia al pasado.

Pero por ahora yo estaba aquí, determinado en hacer algo.

—A usted le asusta —dijo el anciano—, que nosotros agonizemos.

—Sí —dije.

—Nuestros niños nos reemplazarán —dijo como si ya hubiese pasado, pero todo lo que yo podía ver era la nube de polvo que su grupo de gente había removido por la llanura.

Dije:

—Tememos que todos vayan a morir, que ninguno sobrevivirá.

Allí no había bastantes de ellos para una población viable, pero sabía que si le explicaba eso a él esto sólo sonaría como un desafío.

—¿No desea nuestra ayuda? —dijo O'Connor de manera abrupta.

Hubo un silencio prolongado. Entonces el anciano sonrió.

—He visto bastante de su mundo, con su bellas personas que nada saben del verdadero rostro de la naturaleza, nada de su verdadero rostro propio, nada de la realidad.

—¿Realidad? —O'Connor preguntó con burla—. Uno no desea enfrentar lo que usted llama realidad.

Él tenía razón, pensé. Nosotros habíamos emergido de un caldero, un matadero en continua evolución que el mismo Darwin había detestado aun cuando él había conseguido y descrito su mecanismo. Aquello no fue ninguna de las maravillas que visionarios religiosos habían pretendido para evadir la vida entregada a nosotros a través de fantasías engañosas. Teníamos más que eso ahora, aún nos preocupábamos por el fallecimiento de tribus como ésta. La reacción de O'Connor ante al anciano me había agitado, porque vi a través de ambos ojos, los de O'Connor y los del anciano, y una vez más forcejeaba contra el sentimiento que nuestro esfuerzo aquí era tan inútil como erróneo. La verdad atravesó con un arpón mi corazón animal. Allí no había marcha atrás, no para mí o cualesquiera de éstos aquí en medio de los árboles.

El anciano rió de repente.

—Puedo ver por sus rostros —dijo—, que ustedes no saben qué pensar, ¡qué incluso no saben qué es lo que piensan!

Él tenía razón. Yo estaba aquí para encontrarlo, y O'Connor había venido para ayudarme, y a él mismo, ayudándome a desandar mis propios viejos pasos. Quizá había algo que había pasado por alto, me dije con una fútil esperanza.

—Ustedes no tienen que morir —dijo O'Connor con una extraña y súbita bondad en su voz. Nunca la había oído antes.

El anciano se rió.

—Todos nosotros moriremos.

—¿Realmente usted cree eso? —pregunté—. ¿Esa agonía no puede ser asistida?

Se encogió de hombros.

—Algo que usted no puede arreglar lo matará todo un día. Sus ciudades permanecerán en pie vacías, y nosotros iremos a reír en ellas.

Era una ilusión, pero no tuve el corazón para decirle así a su valiente, bello, y barbado orgullo.

—¿Por qué piensa que ustedes vivirán y nosotros moriremos? —preguntó O'Connor como si casi creyera que esto fuese posible.

El anciano le hizo unas muecas a él pero me respondió a mí.

—No somos muchos, y no necesitamos tanto como ustedes. Esa voluntad nos salvará.

—Pobre necio —murmuró O'Connor, y yo deseaba explicar al viejo jefe que la muerte pertenecía a una más temprana vida de competición, a una forma de ir ciegamente barajando el genoma que ya no era relevante. Él me sonrió como si yo fuera Ulises rehusando el don de la inmortalidad de los dioses, relegándome a una vida mortal. «Terminemos esto —deseaba decirle—, deje de lado estas viejas visiones de la muerte. Se cumplió el plazo para seguir adelante con su tipo de vida. Intente nuevas perspectivas.» Pero me contuve. Las palabras serían inútiles. Tendría que verlo por él mismo.

—¿Realmente cree que nosotros pereceremos? —preguntó O'Connor—. Usted debe saber que esto no es posible, e incluso probable.

El anciano lamió sus labios.

—Existe un defecto que los matará a todos.

—¿Cuál es? —pregunté.

Se encogió de hombros de nuevo.

—Nosotros no lo sabemos..., pero creemos que está esperando.

—¿Dónde está? —O'Connor demandó.

—En vuestro interior —el anciano dijo con una espantosa convicción—. Todos ustedes son débiles y están temerosos que si nos dejan solos nosotros creceremos fuertes y saldremos a matarlos. Ese es el motivo por el que desean nuestra muerte. Pero cuando ustedes nos maten, todo eso es fuerza que saldrá del mundo.

La ignorancia puede imaginar cualquier cosa, me dije a mí mismo cuando miré fijamente hacia sus ojos, donde me pareció que cada segundo vislumbraba hacia el interior y veía la muerte acercándose; todavía él aparentaba no tener miedo, aferrado a su relato.

Hubo quienes temieron a estas tribus desperdigadas por las posibles enfermedades que podían albergar y un día liberar; y quienes simplemente no podían digerir la vida de cualquier inalterada humanidad. Su simple existencia era un insulto. Aquí estaba la humanidad en su trasfondo típico de conducta, hábil para sobrevivir a cualquier cosa excepto nuestra indiferencia, que era tan buena como rencorosa. Pensé, quizá la mejor cosa que podemos hacer es desaparecer de sus mentes, como un antiguo demonio. Entonces ellos morirían gradualmente en paz, o surgir de pronto en alguna forma distinta.

Estaba mintiéndome a mí mismo, por supuesto. La Humanidad tenía que hacer las cosas en etapas. Primero habían venido las terapias genéticas a las que nadie quiso negarse. Entonces vino una vida de doble duración. Y ahora esa vida de indefinida duración era la norma, la población estaba en seria decadencia, por razones que horrorizaron a algunos de nosotros y alentó a otros. La vida indefinida era ahora un derecho, para ser extendido a todos quienes lo desearan. Y yo estaba persiguiendo hasta encontrar a los últimos grupos inalterados de seres humanos y ofreciéndoles vida, extrayéndolos, en alguna perspectiva, de la vida después de la muerte y del compañerismo de Dios, imponiendo los derechos humanos, incluso el derecho a nuestro estilo de vida. Ofreciendo era una forma amable de ponerlo. Aun si las escuadras fallaban para imponer la vida y preservarla, entonces nosotros una vez más reduciríamos el tamaño con la muerte y todo su despilfarro de pasada humanidad. Detrás de nosotros perduraban incalculables millones de muertos.

El anciano dijo:

—Si una sola cultura domina nuestro planeta, no habrá ningún lugar desde el cual una cultura diferente pueda levantarse. No habrá ningún nuevo suelo, como Toynbee una vez dijo, desde el cual se pueda brotar.

—Eso fue cierto —contesté—, cuando no teníamos una cultura permanente, en curso.

—Estamos mirando hacia lo superficial... —O'Connor comenzó a decir.

—¿Realmente? —dijo el anciano con una sonrisa—. ¿Ustedes creen eso?

—Sí —dije—. Nuevos suelos esperan más allá de este mundo.

Sonrió de nuevo.

—¿Están ustedes seguros que se podrán beneficiar de él?

O'Connor me miró y dijo:

—Él ha leído unos cuantos libros.

Miré fijamente en la cara de nuestros padres, y sólo podía pensar que habíamos venido rápido y, agarrándolos a la fuerza, estábamos ahora tratando de arrastrarlos detrás de nosotros hacia el nuevo paraíso. Nada más. Esto era, por supuesto, la amarga súplica de una verdad a medias que estaba haciéndome a mí mismo. Tendría que estar demente para creer lo que esta gente creía. Donde la mayoría irá, unos pocos deben ir primero. Estábamos ya muy lejos de eso. Hoy, ningún ser humano debería morir innecesariamente. Con vidas perpetuas, incluso el más ignorante de estos estancados en su evolución ante nosotros tendría tiempo para ser levantado nuevamente, tomado por la fuerza si fuese necesario y educado, hecho para ver. Cuando tú alargas la vida de alguien, le ayudas a ver lo bastante como para cambiar su mente. Les das tiempo para pensar en forma diferente.

Estábamos aquí para hacer lo que estaba bien.

Me asomé en la oscuridad, esperando vislumbrar a un niño en el follaje, pensando que si veía una cara joven o dos yo no podría dudar de la rectitud de mis acciones. Un niño que nunca conocería cualquier cosa mejor que lo que brillaba ahora en su ojos me diría que yo tenía razón.

Pero no vi a niño alguno en lo oscuro. La tribu no estaba reproduciéndose. Si alguien podía ser salvado, serían estos vivientes supervivientes para convertirse en su propia posteridad, después sus ojos y mentes estarían abiertos.

El anciano de repente efectuó un terrible sonido en su garganta. Estaba de pie y escupió sobre la tierra delante de nosotros. Había sangre en su esputo. Brilló en la danzante luz del fuego.

—Lo han hecho duro —dijo—, por todos los que son diferentes a ustedes mismos, incluyendo las bestias. Han herido al mismo viento, como si ustedes fueran encolerizados dioses... —Él apuntó hacia la baba sangrienta a sus pies, entonces se tambaleó hacia atrás—. Ninguno debería estar capacitado para herir al viento —agregó cuando encontró su asidero.

Lo miré y me pregunté si podría verlo como cualquier cosa excepto algo bestial, a pesar de la ingeniosidad y el valor que manejaba su vida. Sería inútil decirle que el planeta estaba recuperándose, que ningún nuevo daño nuevo estaba haciéndose.

Me sonrió con su boca repleta de dientes pútridos, y supe de la compasión. No había ninguna vida aquí, me insistí a mí mismo, sólo una prisión de la naturaleza que lo había educado a sí mismo para ser una prueba de supervivencia y selección, y ya no estaría filtrando las generaciones. Habíamos detenido su cuidadoso examen de negociar con la muerte. Estaba todo para nosotros ahora, cómo tratamos a uno y otro, incluso el peor de nosotros. Esta gente ya no necesitaba probarse a sí misma, o rendir culto al ambiente que hacía largo tiempo hilaba su genoma según una diferente sabiduría, y ahora se reducían a pequeños pedazos de tejido sobrante.

—¿Está usted bien? —preguntó O'Connor, inclinándose hacia mí.

Asentí con la cabeza mientras miraba fijamente al anciano, que estaba de pie vigilando nuestro comportamiento como un oso a punto de atacar. No mostré miedo, y supe que O'Connor estaba determinado a no hacer menos.

—Yo fui uno de éstos, hace unos cincuenta años —dije—, de esta misma área. Éstos son sus nietos, supongo.

—¿Sus parientes? —preguntó O'Connor.

—No hay forma de decirlo. —Me volví y lo miré, sintiendo falsedad, y dijo—: ¿No son todos ellos nuestros?

El anciano gritó:

—¿Se hablan el uno al otro como si yo no estuviera aquí! —Él odiaba nuestras palabras de preocupación.

Yo sabía que por ahora esta parcela boscosa estaba rodeada por una barrera que no podía ser cruzada. Los recolectores estaban esperando por la primera luz, y reunirían en rebaño a la tribu en transportes en cuanto O'Connor y yo emergiéramos.

A décadas de ahora estos rescatados verían el mundo nuevamente; pero en las protestas que harían erupción a salida del sol, en las maldiciones de los rápidamente encarcelados, no habría ninguna canción celestial.

El anciano me maldijo, entonces fue hacia su gente. Los cuatro hombres jóvenes que se habían sentado con él nos miraron con temor, luego se retiraron. Les escuché hablar furiosamente cuando su gente se congregaba a su alrededor, y sentí la fútil soledad de su liderazgo.

Permanecí y escuché la explosión de lamentos esa mañana, para enfrentar mis propios sentimientos. Necesitaba permanecer y escuchar y forzar mis sentimientos para marchar de la oscuridad hacia la luz. Y cuando escuchaba, luchaba para confrontar esas protestas con la realidad de lo que le pasaría a esta gente, cuando ellos fueran despertados a una nueva vida.

Ellos serían conducidos a un centro, lavados, vestidos, y alimentados, traídos a las normas nutritivas que alterarían su rendimiento mental, entonces educados por varios años hasta que su inteligencia captara por sí misma para quién y qué ellos estaban, y en lo que ellos podrían convertirse. Y desde entonces ellos se volverían partícipes en su propia transformación hacia su perpetua existencia, libres de la acechadora oscuridad de la muerte. El olvido había esperado un largo tiempo para abrirse a sus pies, pero ahora se haría trampa. Ellos vivirían para despertar de una pesadilla.

El pasado moriría dentro de ellos, y nuevos pasados empezarían a crecer en sus mentes, me había dicho a mí mismo cuando defendía la extirpación de ellos fuera de este lugar donde una vez yo había vivido. Esa vida había sido escasamente mejor que la de los marsupiales de hace unos cien millones de años, comiendo los huevos de los dinosaurios, esperando por algo para limpiar el exterior de sus grandes y tiránicos vecinos. Y por supuesto, esos pequeños mamíferos de los que crecimos no podían haberlo sabido, y esto pudo haber sido de otro modo.

Y me sorprendió cómo vivíamos sin fantasmas, en espacios sin demasiado pasado, libres de amargas razones y males. ¿Cómo habíamos aprendido a hacer esto? ¿Cómo era que las mareas de los tiempos fallidos ya no circulaban a través de nuestras almas? Ellas todavía fluían y menguaban dentro de mí, llevando veneno a mi mente.

Cuando el último lamento de los cautivos fue silenciado, emergí de la parcela boscosa y observé los alrededores en la polvorienta llanura, luego hacia arriba al cielo sin nubes. Los recolectores se habían ido hacia lo azul con su carga humana. En algún punto lejano más arriba, los diablos del pasado estaban todavía lanzando sus gritos al cielo. Los escuchaba incluso pensando que no podía oírlos.

Miré hacia atrás en el bosque. Un arbusto se revolvió.

Y me di cuenta que el anciano había escapado de algún modo al rodeo.

Vino hacia mí con un cuchillo en su mano, y por un momento estuvimos de pie el uno frente al otro. Él estaba sudando y jadeante. Su mano derecha agarró el cuchillo bajo su esternón.

—No deseo tener mis ojos abiertos —dijo—. Deseo morir como yo mismo.

—Pero usted no tiene que morir —dije—. Usted será un hombre joven de nuevo.

Él tomó una honda respiración, y vi que estaba temblando.

—Así lo dice usted. Pero quien yo soy ahora... morirá.

—Pero recordará.

Yo escasamente podía recordar, y no deseaba pensar por qué continuaba regresando a estos lugares. ¿Era para probarme a mí mismo contra los animales, demostrar a algún secreto ego que

vivía dentro de mí que todavía era fuerte y valiente como ellos lo eran? ¿Qué anhelo me había traído ante este hombre con un cuchillo?

—Déjeme ser, hijo —dijo—. Está en usted ahora. No tengo deseos.

—Pero eso es irreflexivo —dije. Su buena disposición para morir era espantosa, aunque la respetaba. Era demente pero admirable. Era esa buena disposición, supe, la que le había permitido sobrevivir, incluso triunfar. Arriesgarse a la muerte era una prueba de la buena disposición de su mundo para permitirle vivir. Pero la cordura requería al menos de algún consenso entre la vida interna propia y la realidad exterior. El medio ambiente de este hombre se había ido. Su lealtad a él era un gesto vacío.

—Déjeme ser —dijo—. Cuénteme por muerto.

Vacilé ante él, como si él fuera un gran juez. Había perdido su tribu a un mundo que no podía respetar, pero al que todavía temía. Sabiendo que ese miedo echaba combustible a su resolución.

—¿Qué puede ser para usted? —preguntó.

—Lo sabré —Por un momento, pensé, sintiéndome avergonzado.

—No soy bueno sin mi gente —dijo—. He sido líder demasiado tiempo.

—Los encontrará a ellos de nuevo —dije—, y los conocerá en diferentes formas, en mejores tiempos y lugares.

—¿En verdad? —preguntó.

—Sí —dije, sintiendo una mentira. Usted aprenderá nuevamente, vivirá nuevamente. —Sentí un apremio de miedo, pero aquí estaba mi oportunidad para contar, por lo menos una vez, en una forma personal, para abrir una mente casi cerrada y verla florecer. Si fallaba, entonces tendría que vivir con un recuerdo vergonzoso, y un día lo borraría.

—¿Tendré que irme..., en uno de esos carros aéreos? —preguntó, todavía sosteniendo el cuchillo a su cintura. ¿Iba a matarme, o a él mismo?

O'Connor salió del bosque y se detuvo a una docena de pasos de nosotros.

Yo miraba a la distancia.

El anciano vio su oportunidad.

Levantó su cuchillo.

Y cuando esperaba sentirlo atravesándome, lo deseaba atravesándome, para sentir el dolor de su propósito más que para morir.

O'Connor aturdió al anciano y el cuchillo cayó decepcionantemente a mis pies. El anciano se derrumbó hacia la tierra.

O'Connor me miró, y supe que había oído nuestra conversación.

El anciano era fuerte. Se agitó, entonces abrió sus ojos como sorprendido de estar vivo.

—¿Y qué piensa? —pregunté a O'Connor.

Ajustó su sombrero y sonrió.

El anciano estaba sobre sus rodillas ahora. Lo ayudamos a pararse.

—No deseo volar —protestó el anciano.

O'Connor le dijo:

—No se inquiete. Usted vendrá con nosotros. Iremos de regreso por el camino que vinimos, a poca altura sobre la tierra.

El anciano nos miró como un derrotado pero orgulloso niño.

Unos cincuenta años más tarde, en la primavera de 2154, me encontré con el anciano en Australia, durante el intermedio para el *Don Juan* de Mozart en el Ópera de Sydney, y no le conocí. Estaba mucho más joven, pero aún lucía una barba. Pero sin ningún rastro de gris en ella.

—Hey, ¿no intenté una vez matarlo? —me preguntó. Un hombre joven muy bien vestido que podía haber sido su hijo estaba de pie junto a él.

Los contemplé como a través de una neblina, pero finalmente recordé nuestro primer encuentro, más una sensación que una imagen, llevando una sospecha de intimidación cuando recordé mis años de trabajo como misionero.

Asentí vagamente con la cabeza, y temí por un momento que él pudiese desear terminar el trabajo.

Él observó al hombre joven más cercano a él, entonces me sonrió con una perfecta dentadura y dijo: «¿En qué cosa estaría yo pensando?», cuando él estrechó mi mano.

FIN

Libros Tauro